

LA RUEDA DEL AMOR

RECUERDOS DE UN DÍA DE CAMPO

Aquellas niñas hermosas
 que en suma beldad conformes,
 teniendo la tez cual nieve,
 tengan los ojos cual soles,
 y el alma sintiendo, tiernas,
 herida de mal de amores
 tanto les falte de esquivas,
 cuanto de bellas les sobre,
 salgan al campo conmigo
 ricas de gracias, adonde
 favor al mayo risueño
 las brinden, con gracias dobles
 corrientes aguas los valles,
 frescos doseles los bosques,
 con su verdura los campos
 y con su esencia las flores.
 Oiréis sonar encontrados,
 y aunque encontrados, acordes,
 los enamorados trinos
 de músicos ruseñores,
 cuando en sentidos acentos
 mustias las tórtolas lloren,
 dando en su vuelo á los aires
 matices, plumas y sones.
 Venid, y hagamos la rueda
 llamada de los amores
 (que al aprenderla de niño
 no la olvidé desde entonces),
 las ricas flores hollando,
 y al aire hendiendo veloces,
 el aire con los cabellos
 y con las plantas las flores.
 Las blancas manos asiendo,
 y tan blancas, que las cortes
 nunca tan nítidas manos
 dan á sus reyes en dote,
 en torno agitada festivas
 los aires murmuradores,
 que yo vendaré mis ojos,
 haciendo del día noche.
 Volad, palomas; que osado
 yo espantaré los halcones,
 si alguna vez para heriros
 muestran sus garras feroces.

Volad, que á la que esta rama,
 pasando furtiva, toque,
 con la venda de mis ojos
 habrá de nublar sus soles.
 —¡Oh, qué triste es nuestros ojos
 cubrir de sombras informes,
 y no sentir de los vuestros
 los penetrantes arpones,
 ni ver con ansias mortales
 de vuestra faz los colores,
 ni sobre el aura, al tenderlos,
 de vuestros talles los cortes!
 Niñas, corred; que aun no escucho
 con plácidas emociones
 de vuestras ropas flotantes
 los sutilísimos roces;
 y aunque me pesa en el alma,
 no siento los corazones
 que muellemente se agitan
 bajo esos pechos de bronce.
 Volad, palomas; que osado
 yo espantaré los halcones,
 si alguna vez para heriros
 muestran sus garras feroces.
 Volad, que á la que esta rama,
 pasando, furtiva toque,
 con la venda de mis ojos
 tendrá que nublar sus soles.
 Mas ¿cómo, sin dar amante
 á vuestro enojo ocasiones,
 huís, dejándome solo,
 sin advertirme por dónde,
 tal que siquiera dejasteis,
 pasando como ilusiones,
 ni removida la arena,
 ni destroncadas las flores?
 Sin duda en mágico vuelo,
 como celestes visiones,
 entre la grama y los aires
 os deslizasteis veloces,
 huyendo mi fe constante,
 pues vuestros pechos traidores
 tienen el aire por guía
 y la inconstancia por norte.
 ¡Una y mil veces mal haya
 quien de vuestras invenciones
 amante se fia, y de ellas
 la falsedad no conoce!
 Y más que en tanto á la sombra
 de esos altísimos robles

maldiga yo vuestro agrado,
 y mis desagradados llore,
 vosotras entretenidas
 mirad las aguas que corren;
 que bien está vuestra fe
 con su inconstancia conforme,
 pues no hay onda que no agiten
 á cualquier viento que sople,
 ni conchas que no remuevan,
 ni árbol ni flor que no mojen,
 ni campos que no dibujen,
 ni imágenes que no borren,
 ni risas que no deshagan,
 ni círculos que no formen.
 Mas luego que el sol sus rayos
 extiende en el horizonte,
 haciendo en las nubes iris
 tocando el mar de colores;
 y luego que en regia pompa
 parezcan á sus fulgores
 mares de sombra los valles
 y mares de luz los montes,
 vendréis á buscar frescura
 cuando el calor os agobie,
 y me tendréis que encontrar,
 aunque no queráis, entonces;
 y yo á la sombra tendido
 de estos altísimos robles,
 no os he de dejar el puesto,
 por más que tierno os adore,
 ni miraré enamorado
 de vuestra faz los colores,
 ni sobre el aura, al tenderlos,
 de vuestros talles los cortes;
 y no vendaré mis ojos,
 mas que en no hacerlo os enoje,
 y hasta ahogará mis suspiros,
 aunque con ellos me ahogue.

Haré todo esto que digo,
 y más que veréis entonces,
 y á fe de amante lo juro
 por esas aguas que corren.

LA ACCIÓN DE BELASCOAÍN

CANCIÓN DEDICADA AL BIZARRO GENERAL

DON DIEGO LEÓN, CONDE DE BELASCOAÍN

Helos allí ganando
 la alta cerviz de la empinada sierra,
 en pos del fiero bando
 que de ella huyendo, y proclamando guerra,
 va en las nubes buscando
 una segura vía,
 pues ya su cobardía
 no encuentra asilo en la espaciosa tierra.
 Ved á León, en su furor tremendo,
 gritar desde la altura:
 —¡Guerra, soldados! del cañón horrendo
 al fúnebre tronar, la lumbre pura
 del sol mil nubes condensadas cieguen;
 de púrpura humeante
 montes y valles sin piedad se aneguen;
 el Arga murmurante
 restos humanos cuajen;
 de sangre palpitante
 tantos arroyos de las cumbres bajen,
 cuantos soldados á las cumbres lleguen.—

A su voz respondiendo
 bronco el cañón, majestuoso suena,
 que de un discorde estruendo
 hincha los valles y los campos llena;
 y fugaz discurriendo
 ya en el vago horizonte,
 ya desde el prado al monte,
 todo el contorno en derredor atruena.
 Del ronco son, que libertad pregona,
 la alta montaña herida,
 estremece su rústica corona,
 de pinos, hayas y laurel tejida.
 Huye el rebelde, y entre riscos quiere
 guardar la vida odiosa;
 que la vida al honor el vil prefiere.
 Mas en su cueva umbrosa
 le sorprende espantado
 una muerte afrentosa;
 y el último ¡ay! del huracán llevado,
 como su orgullo, en el espacio muere.

¡Tan vilmente se humilla
 y osa á los libres imponer sus leyes
 esa infernal cuadrilla?
 ¡Dignos vasallos de tan dignos reyes!
 ¿A la alzada cuchilla
 se rinden del verdugo?
 ¡No será leve el yugo
 que agobie el cuello de tan mansas greyes!
 Levantad la cerviz que de un tirano
 huella la inmunda planta,
 y torpes no llenéis el nombre hispano
 de tanto oprobio, de ignominia tanta.
 De esos ilusos desechad el ruego;
 que el premio de afán tanto,
 entre cadenas os lo guardan luego.
 Mas huid con espanto,
 huid, turba obcecada;
 yo os execro en mi canto;
 la luz de la razón os es privada;
 que torpes sois y el fanatismo es ciego.

Seguid hasta la cumbre,
 libres soldados, la canalla impía,
 y en fiera muchedumbre
 baje rodando de la selva umbría.
 La negra servidumbre
 purgad del patrio suelo;
 que no suban al cielo
 votos que afrentan á la patria mía.
 Derrocad ese trono que sustenta
 tantos ídolos falsos,
 en derredor del cual, por más afrenta,
 la baja adulación sembró cadalsos.
 ¡Guerra, soldados! su ominosa vida
 rinda el vil en ofrenda.
 ¡Guerra! y no el alma á compasión movida
 vuestra espada suspenda.
 De esa cobarde gente
 no os prometáis la enmienda:
 quien servil una vez dobló la frente,
 nunca el camino del oprobio olvida.

Ya el doblar aguerrido
 del trémulo atambor se va atenuando,
 y el hórrido estampido
 se trueca del cañón en eco blando.
 El humo ennegrecido
 que, como denso velo,
 roba la luz del cielo,
 raudo disipa el aquilón soplando.

El Arga turbio en campos de esmeralda
 se arrastra ensangrentado,
 y afean charcos de carmín y gualda
 el verde esmalte del florido prado.
 Cadáveres sin fin del monte frío
 coronan el altura;
 cadáveres sin fin del soto umbrío
 ocupan la llanura.
 Ya el estruendo se aleja;
 cesó la guerra dura;
 sólo en el valle, como en son de queja,
 callan los ecos y murmura el río.

TU BOCA

Para formar tan hermosa
 esa boca angelical,
 hubo competencia igual
 entre el clavel y la rosa,
 la púrpura y el coral.

Mintiendo sombras de bien,
 en ella el mal se divisa,
 por lo que juntos se ven
 ya la apacible sonrisa,
 ya el enojoso desdén.

Y en los senos abrasados
 engendra con doble holganza,
 ó con tormentos doblados,
 cada risa una esperanza,
 cada desdén mil cuidados.

Cual las conchas orientales
 es tu boca, y por vencerlas
 muestra en riquezas iguales,
 cuando desdeña, corales,
 y cuando sonríte, perlas.

Y si con sombras de bien
 tal vez el mal se divisa,
 es porque en ella se ven
 guardar la miel de su risa
 las flechas de su desdén.

Si á mí su rigor alcanza,
 al ver su hermosura, siente
 el corazón doble holganza;

y aunque un desdén me atormente,
deme una risa esperanza.

¡Bien haya la dulce boca,
que sólo sus frescos labios
el aura pasando toca;
que haciendo al ámbar agravios,
su miel á gustar provoca!

¡Oh, bien haya cuando ufana,
dando enojos á la rosa,
muestra su cerco de grana,
fresca como la mañana,
como el azahar olorosa!

Y si acaso dulcemente
suelta plácidas congojas,
ya es el rumor del ambiente,
ya el susurro de las hojas,
ya el murmurar de la fuente.

Si alegres sonos respira,
las aves del prado encanta;
y si á vencerlas aspira,
con las que gimen, suspira;
con las que gorjean, canta.

Tu miel, aroma y colores,
rinda en amante oblación,
flor, ante cuyos primores,
mustias é inútiles flores
las flores del valle son.

El néctar más regalado
deja que de amores loco
beba en tu labio abrasado;
para una abeja es sobrado
lo que para muchas poco.

Mas ¡ay! que vertiendo quejas,
me esquivas tu dulce miel;
en vano de una te alejas
si ves que miles de abejas
poblando van el vergel.

¡Ay de la rosa encarnada,
que en su seno de carmín
niega á una abeja la entrada!
Tantas la acosan al fin,
que queda sin miel y ajada.

¡Ay de las candidas flores
si alzan su capullo tierno
del estío á los ardores!
¡Ay del panal, si el invierno
lo hiela con sus rigores!

Dame los gustos sin tasa,
pues ves que el sol estival
las tiernas flores abrasa:
mira que amarga el panal
cuando de sazón se pasa.

Ríndete á mí placentera:
no te rinda con agravios
de abejas la turba fiera,
que herir esos dulces labios
herirme en el alma fuera.

De ese tesoro las llaves
dame, y sus dones ardientes
libaré en besos sñaves,
sin que lo canten las aves,
ni lo murmuren las fuentes.

LAS SIRENAS

Oyendo un dulce cantar
que el corazón me cautiva,
alegre, abajo y arriba
cruzo las playas del mar.

Pues no hay recuerdos ni penas
que no revista de encanto
ese dulcísimo canto
de esas que llaman *sirenas*.

Aunque á sus tiernos cantares
ensayen rudos concientos,
bramando roncós los vientos,
sordos mugiendo los mares,

mirando al agua, las horas
paso en la fresca ribera,
por ver las sombras siquiera
de tan divinas cantoras.

Mas aun no sé cuándo bellas
hienden las ondas esquivas,
ni si deslizan furtivas
sobre las aguas sus huellas.

Jamás las vi entre la bruma
cruzar los aires sutiles,
ni adormecerse gentiles,
meciendo esquifes de espuma.

Ignoro si divertidas,
cuando las ondas se amansan,
tal vez alegres descansan
sobre las rocas tendidas;

y cuando horrisono ensaya
hondas tormentas el mar,
tampoco sé si á buscar
vienen asilo á la playa.

Voy, por mirarlas á solas,
de roca en roca saltando,
y al desbravarse, mirando
una por una las olas.

Mas nunca en la densa bruma
llego á mirar las sirenas,
ni en las revueltas arenas
ni en rocas, aguas ni espuma.

Y sólo llego á escuchar
cómo responde entretanto
al dulce son de su canto
con broncos tumbos el mar.

Mas ¿quién sabe si en rocas ni en arenas
será el buscarlas importuno intento,
por ser esas dulcísimas sirenas
los quiméricos seres de algún cuento?

Y si quimeras son, ¿cómo ó de dónde
se elevan esos plácidos cantares,
á cuyo ruido celestial responde
el bronco son de los revueltos mares?

¿Y por qué entonces incesante giro
de playa en playa, delirando á solas,
y una por una embelesado miro,
al desbravarse con furor las olas?

¿Por qué prendado de la mar sonora,
al fresco borde de su margen fría,
las sombras al bajar, me halla la aurora,
y la noche al subir, me deja el día?

Sin duda que en sus huecos inmortales,
en aposentos de esmeraldas finas,
otra raza de seres celestiales
ilustra sus moradas cristalinas.

Porque un recuerdo, en mi ilusión de gloria,
me despierta, bramando, el mar profundo,
y un niño sólo tiene en su memoria
angélicos recuerdos de otro mundo.

—Cantad y refrenad, hondas sirenas,
el furor de los bravos aquilones,
aunque no os vea en rocas ni en arenas,
seáis sombras, recuerdos ó visiones.

Cantad y refrenad los vendavales
que el manto arrugan de la mar tendida,
y en alas de esos cantos celestiales
llevad hasta su término mi vida.

De la existencia por el mar horrendo
mi nave conducid á toda vela,
no cual tardo reptil que va gimiendo,
como el ave que canta cuando vuela.

En palmas me llevad, cual los bajeles
que guiáis á las playas más remotas;
así os formen bellísimos doseles
con sus alas las blancas gaviotas.

—Cantad, sirenas; de la mar sonora
al ronco son alzad vuestra armonía,
como al fulgor de la naciente aurora
murmillos alza la floresta umbria.

Muévaos el ver cómo incesante giro
por veros en las vastas soledades;
y aunque fantasmas sois con quien deliro,
son los sueños mis dulces realidades.

Hay almas como la mía,
que no aquejan pesadumbres
y pronto, si las aquejan,
su grave peso sacuden.
Almas felices en todo,
que sólo sus gustos cumplen
siguiendo tantos placeres
cuantos pesares rehuyen.
Almas, en fin, que no hay pena

que felizmente no endulcen,
 próximo mal que no espanten,
 lejano bien que no busquen;
 que siempre los serafines
 ven en los aires azules,
 junto á las verdades, sueños;
 entre las tinieblas, luces;
 flores sin fin en los llanos,
 fuentes y luz en las cumbres,
 en los estanques sirenas
 y sílfides en las nubes.
 Dichosas almas que tienen
 el delirar por costumbre,
 y siempre hermosas visiones
 con tierno afán las circuyen;
 que penetrando en el cielo,
 roban osadas su lumbre,
 y luego pintan el mundo
 con un color que seduce.
 —¡Y á la verdad, es muy triste
 mirar con ojos comunes
 las ásperas realidades,
 sin los mágicos vislumbres
 con que las visten las almas,
 del cielo robando el lustre,
 porque esmaltadas, los rayos
 de nuestros ojos no ofusquen!
 ¡Es triste dejar la senda
 que césped y flores cubren,
 para seguir un camino
 que abrojos su paso obstruyen;
 y no que aunque al fin se acerquen
 y la existencia aventuren,
 las almas como la mía
 en alas de los querubes
 caminan al ¡ay! postrero
 por esas sendas ilustres
 que noblemente trazaron
 entre la tierra y las nubes!
 Por eso junto á los mares,
 aunque fatídicos mugen,
 oigo un son como el del aire
 que entre los árboles fluye,
 y miro chocar las ondas
 que en su furor se destruyen,
 y las espumas que cuajan,
 y las riberas que cubren,
 todo por ver las sirenas;
 y ni en las aguas volubles,
 ni en los diamantes que arrojan,

ni en la arena que sacuden,
 ni en las altísimas rocas
 donde su rabia destruyen,
 las llevo á ver en mi anhelo,
 cantando con sus laúdes;
 pero las creo, aunque acaso
 de su existencia se dude,
 porque en creerlas el alma
 con todos sus gustos cumple,
 y porque también he visto
 que las verdades sucumben
 ante el aspecto risueño
 de unas mentiras tan dulces.
 Por eso en los hondos valles
 no hay muelle son que no escuche,
 delirio que no me halague,
 verdad que no me repugne;
 ni oigo un ave que pintada
 quejas de amor no divulgue,
 como dulcísimas pueblan,
 cantando, los abedules.
 Alegres nuevas me traen
 los pájaros transeuntes,
 me es plácida cualquier brisa,
 y cualquier aire perfume.
 Y aunque estos y otros placeres
 loco tal vez me figure,
 las almas como la mía
 con sólo soñarlos cumplen.

LA BEATA DE MÁSCARA

La del enlutado manto,
 la de la toca de encaje,
 la de mil hombres encanto,
 ¿cuánto va á que no es tan santo
 tu pecho como el ropaje?

En vano ocultarnos trata
 de tus ojos los destellos
 el lienzo que te recata;
 y por Dios que son, beata,
 para ser santos, muy bellos.

Sobre tu nevado seno
 pesa la cruz de un rosario,
 y aunque humilde nazareno,
 muriera de gozo lleno
 en tan hermoso calvario.

Y, pese á tu religión,
en vano ¡ay trístel sofoca
deseos mi corazón;
que oculta una tentación
cada pliegue de tu toca.

Eres bella cual ninguna,
y juro, aunque temerario,
no creo en ti fe alguna,
si pasas una por una
las cuentas de tu rosario.

AL RÍO NAVIA

Déjame ver ¡oh fugitivo espejo!
pintada en tu cristal la patria mía;
déjame ver á tu falaz reflejo
el sitio do mi cuna se mecía.

Tú el primer canto de mi amor oíste;
al nacer tu saludo fué el primero;
tú mi primer vagido recogistes;
recogerás también el ¡ay! postrero.

Tu margen florida
pisé siendo niño,
y al ver tanto aliño
en torno de ti,
ensueños hermosos
forjaba la mente,
creyendo inocente
que el mundo era así.

Vi alegre en tus aguas
la vega pintada;
de flores cercada
la vida soñé;
mas eran ilusos
tus varios colores,
y abrojos sin flores
tan sólo encontré.

Bullendo sonoro
meció tu murmullo
con plácido arrullo
mi edad infantil;

y yo, pobre niño,
pensé, Navia, que era
pensil tu ribera,
tus aguas pensil.

Más ¡ay! que las flores
que tú retratabas,
y al prado encelabas,
florido rival,
ansioso mi anhelo
quería gozarlas;
pero iba á tocarlas
y hallaba cristal.

Si fueron tus flores
mentidas visiones,
y mis ilusiones
se fueron en pos,
¡ay Navia! lloremos
engaños que vimos,
pues locos mentimos,
mentimos los dos.

Inquieto en tus aguas
el viento remueve
montañas de nieve
en playas de azul,
brillando en sus cumbres
zafir y esmeralda,
su líquida falda
bordada de tul.

Entre algas y arenas
serpeas errante,
cual mole ondeante
de inmenso reptil,
sirviéndote fácil
de aliento la bruma,
de escamas la espuma
que flota gentil.

Cien veces mi patria
miré á tu reflejo,
magnífico espejo
de limpio cristal;
y al verla en tus aguas
mecerse bullente,
ilusa la mente
juzgábala igual.

Robusto en el valle,
tendiéndote manso,
con blando descanso
te huelgas en él;
trocando tus perlas
por sus esmeraldas,
ciñendo guirnaldas
de rosa y clavel.

Si ansiosa mi vista
de sombras y tules,
tus ondas azules
tal vez consultó,
bullir en el fondo
veía tu hielo,
la vega y el cielo,
las flores y yo.

Si fueron mentidas
tan bellas visiones
y mis ilusiones
se fueron en pos,
¡ay Navia! lloremos
engaños que vimos,
pues locos mentimos,
mentimos los dos.

Río que invades copioso
del hondo valle la anchura,
refrena el curso abundoso;
que tras de este valle umbroso
te aguarda la sepultura.

Cese tu vana jactancia,
cesa de ir tan vano, cesa;
porque en tu loca arrogancia
vas midiendo la distancia
que hay de la cuna á la huesa.

En esa orilla inmediata,
ante esa mar inmortal,
tu mole allí se desata,
y hundes la frente de plata
en su seno de cristal.

Y entonces, adiós mis sueños,
adiós tus flores mentidas;
pues tú entre giros risueños,
y yo entre gratos ensueños
acabamos nuestras vidas.

Y si ambos fuimos en pos
de sueños, teniendo en poco
el mundo real, vive Dios,
que ignoro cuál de los dos
ha sido, Navia, más loco.

Que á la luz de la pasión
los sentidos se embelesan;
pero al llegar la razón,
plomo los párpados son,
que sobre los ojos pesan.

Adiós, Navia, en tu jactancia
cesa de ir tan vano, cesa;
no olvides que en tu arrogancia
vas midiendo la distancia
que hay de la cuna á la huesa.

SU IMAGEN

Errante sol de aromas circundado,
tu ardiente lumbre tenue debilita;
que ya mi corazón, de arder cansado,
negro sus alas moribundo agita.

Grupo de luz que extravió la luna,
ángel perdido que bajó del cielo,
visión deslumbradora, que importuna
mi sien circunda en caprichoso vuelo.

¡Girar y más girar!... Lentas sus alas
lumbrosa tiende en blando movimiento.
¿Eres el alma que de mí te exhalas?
¿O eres tal vez mi mismo pensamiento?

Fantasma de la mente, llega, llega,
desprendida mitad del alma mía,
aunque tu imagen me deslumbra y ciega,
blanca de noche y negra por el día.

Se mece ante mis ojos desplegada
como la espuma cándida de un río,
tal vez por los suspiros agitada
que salen hondos ¡ay! del pecho mío.

Su virgen luz perdida, en el ambiente
reverbera purísima y serena,
y en las límpidas aguas del torrente,
cuando acarician la tostada arena.